

Concurso Literario, Centenario Luis Herrera Campíns.

“Ensayo Centenario, Luis Herrera Campíns: El Periodista y el Parlamentario”.

Autor: Bressnev Córdova Barrio; C.I.: V- 20.670.361

Introducción: El hombre detrás de la pluma y la tribuna

La historia de Venezuela, pródiga en figuras cimeras, tiene en Luis Antonio Herrera Campíns una de sus expresiones más singulares y menos comprendidas. A menudo recordado por su gestión presidencial entre 1979 y 1984, el exmandatario fue, ante todo, un constructor de la democracia, forjado en la fragua del periodismo y la oratoria parlamentaria. Mucho antes de habitar el Palacio de Miraflores, Herrera Campíns se consagró como un pensador incansable, un columnista mordaz y un orador insigne. Su vida no fue una sucesión de cargos, sino la coherencia de un proyecto político y humano que tuvo en la palabra y el debate sus principales armas, convirtiéndolo en un estadista de profunda vocación intelectual y una rara sensibilidad para el sentir popular.

Nacido en Acarigua, estado Portuguesa, en 1925, Luis Herrera no tuvo un origen privilegiado, pero sí una sed insaciable de conocimiento. Su formación inicial se nutrió del entorno provinciano y del autodidactismo que lo llevó a ser un voraz lector desde temprana edad, absorbiendo no solo la literatura universal, sino también el pensamiento político y social que bullía en el convulso siglo XX. La efervescencia política de la época lo atrajo inexorablemente, y su camino lo condujo a la militancia activa en la Juventud de Copei, el Partido Socialcristiano que se erigiría como una fuerza fundamental en la historia republicana. Su juventud no fue la de un estudiante ajeno a los problemas de su país; fue la de un líder que, desde el liceo, entendió que el periodismo no era solo un oficio, sino un vehículo de conciencia social y una herramienta para la lucha por la libertad.

Su precoz activismo lo llevó a enfrentar la persecución de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, una experiencia que moldearía su carácter de manera definitiva. La detención y el exilio que marcaron su juventud no lo amilanaron; por el contrario, profundizaron su carácter y su

compromiso. Fue en esos años de clandestinidad y destierro cuando la pluma se convirtió en su voz más poderosa. El exilio, lejos de ser un paréntesis, fue un crisol donde se perfeccionó el periodista, el pensador y el político que luego volvería a su patria. En Europa, Herrera Campíns se sumergió en las grandes corrientes de la democracia cristiana, la solidaridad social y la visión humanista, que se convertirían en los pilares de su ideario. En esos años de distancia, la Venezuela que añoraba desde la lejanía se hizo aún más presente en sus escritos, y su labor periodística se transformó en una misión para mantener vivo el pulso de la resistencia. De este crisol, emergió un hombre listo para los desafíos de la libertad, con una profunda convicción de que la palabra y el debate, ejercidos con decencia y responsabilidad, eran los verdaderos motores del cambio social y de la construcción de una nación próspera y libre.

Luis Herrera, el periodista: La pluma como barricada

Antes de pisar el Congreso Nacional, Luis Herrera Campíns se forjó en las redacciones de periódicos y en la soledad de la máquina de escribir. Su experiencia periodística no fue secundaria; fue la médula espinal de su carrera política. Se inició en esta faena desde muy joven, en la década de 1940, publicando en diarios como *El Vigilante* y *Vanguardia*, donde ya mostraba una prosa incisiva y una visión crítica del acontecer nacional. Su estilo era directo, sin concesiones, y reflejaba una profunda preocupación por las realidades sociales y las injusticias. La militancia en el clandestino Partido Socialcristiano, en los años de la dictadura, lo obligó a vivir en el exilio. Fue una etapa de vida que, lejos de marginarlo, lo catapultó a una dimensión de activismo global. En Madrid, fundó y dirigió la revista "*Tierra de Gracia*", una publicación que se convirtió en una voz de la resistencia democrática venezolana en Europa. A través de sus páginas, Herrera Campíns no solo informaba sobre la situación política en Venezuela, sino que también desmentía la propaganda del régimen de Pérez Jiménez, sirviendo de contrapeso a la desinformación. Sus escritos de ese período, publicados en diversos medios internacionales, demostraban una notable agudeza analítica y una profunda convicción por la libertad. Como lo documenta Ramón Guillermo Aveledo en su obra "*El Llanero Solidario*", la pluma de Herrera Campíns era un instrumento de combate intelectual, un "palenque" metafórico desde donde libraba batallas de ideas sin necesidad de empuñar un arma.

Esta etapa de su vida, en la cual el periodismo y la política se entrelazaban de forma indisoluble, sentó las bases de su pensamiento. Como él mismo afirmó, el periodismo no era un mero oficio, sino un sacerdocio al servicio de la verdad. Alfredo Peña, en sus "Conversaciones con Luis Herrera Campíns", describe a un hombre que concebía el periodismo como un compromiso ineludible con la verdad y la libertad. Para Herrera, la prensa era el "barómetro moral de un país" y un factor de "educación cívica". Por ello, la prensa no podía ser un mero eco del poder, sino un contrapoder vigilante, un espacio para el debate de ideas y para la defensa de los derechos ciudadanos. Esta convicción no solo guió su ejercicio profesional, sino que también influyó de manera determinante en su posterior desempeño como legislador y jefe de Estado. Al regresar a Venezuela tras la caída de la dictadura, la pluma de Herrera Campíns se erigió como una de las más leídas y respetadas del país. Sus columnas y artículos, especialmente aquellos publicados bajo el nombre de "Palenque", no eran simples notas de opinión. Eran lecciones de historia, análisis de la coyuntura y reflexiones sobre el futuro de la nación. Herrera utilizaba un lenguaje directo, a veces irónico y con profundas referencias a la cultura popular venezolana, para desglosar temas complejos. Su prosa, tal como se refleja en los dos tomos de *Palenque*, combinaba la erudición con la cercanía al lector. No era el periodista que se limitaba a informar, sino el que interpretaba, el que cuestionaba, el que invitaba a la ciudadanía a pensar. A través de su escritura, se forjó una reputación de intelectual honesto y de político íntegro, una mezcla que lo hizo único en el panorama nacional. Su periodismo fue, en esencia, una prolongación de su acción política: ambas estaban al servicio de un mismo ideal, la construcción de una Venezuela libre, democrática y justa.

La pluma de Luis Herrera fue un arma de doble filo: por un lado, una trinchera de la libertad, y por el otro, un espejo de la realidad nacional. En sus escritos, abordaba sin tapujos los problemas más acuciantes, desde la corrupción administrativa hasta las desigualdades sociales. Con una prosa elegante pero contundente, sus artículos no solo denunciaban, sino que también proponían soluciones, demostrando que su visión de la política era la de un constructor, no la de un destructor. Su trabajo en los medios no era un hobby; era una forma de vida, una escuela de pensamiento. Como él mismo solía decir, "el periodismo es un permanente acto de fe en el hombre, en sus capacidades y en su destino". Esta frase encapsula perfectamente su filosofía. Se podría decir que Luis Herrera era un político que se vestía de periodista, o un periodista que hacía política, pues para él, el ejercicio de la palabra pública era un acto de servicio, una forma de

orientar a la opinión, de formar conciencia y de fortalecer la ciudadanía. Su periodismo, por tanto, no se limitaba a la prensa; permeaba toda su vida y su accionar, desde las reuniones partidistas hasta los grandes debates nacionales.

La relación de Luis Herrera Campíns con el periodismo fue simbiótica. Su exilio no solo lo obligó a perfeccionar su escritura, sino que lo expuso a las grandes corrientes de pensamiento político y social de Europa. Al regresar, trajo consigo una perspectiva global que enriqueció sus análisis sobre la realidad venezolana. Sus columnas en *Últimas Noticias*, que luego se recopilaron en los volúmenes de "Palenque", se convirtieron en un referente de la opinión pública. Herrera tenía la habilidad de conectar con el lector común sin simplificar la complejidad de los temas. Usaba refranes, anécdotas populares y una ironía sutil para desarmar a sus oponentes y para hacer accesibles sus ideas. Este estilo, lejos de ser superficial, era una estrategia deliberada para democratizar el debate intelectual. Un ejemplo notable es su análisis sobre la dependencia petrolera, donde utilizaba metáforas sencillas para explicar los riesgos de la monocultura económica. Su periodismo, en definitiva, era una extensión de su vocación de servicio público, una manera de influir y de educar desde la tribuna del papel y la tinta. Esta vocación lo distinguió de otros líderes de su época y forjó en él una sensibilidad única para los problemas del país, que luego se vería reflejada en su gestión como legislador y como presidente.

El parlamentario: La tribuna como escuela de la nación

Al regresar del exilio tras la caída de Pérez Jiménez en 1958, Luis Herrera Campíns se sumergió en el torbellino de la naciente democracia. Su formación periodística, su experiencia en la clandestinidad y su profundo conocimiento de la realidad nacional lo prepararon para su siguiente gran rol: el de parlamentario. Fue electo en diversas oportunidades, sirviendo como diputado y senador en un Congreso que era, en sí mismo, la máxima expresión del debate de ideas y la confrontación democrática.

En el hemiciclo, Herrera Campíns brilló con luz propia. Su oratoria, incisiva e inteligente, se apartaba de la grandilocuencia vacía para centrarse en la argumentación y el razonamiento. Ramón Guillermo Avelledo, en su libro "Luis Herrera Campíns, Vida Parlamentaria", relata cómo el político socialcristiano era un "parlamentario de oficio", un maestro en el arte de la interpelación y el control político. Su verbo no era un simple discurso, sino una herramienta para

la fiscalización, la denuncia y la defensa de los principios democráticos. Fue un defensor acérrimo de la libertad de expresión, un valor que aprendió a valorar en su exilio. Su participación en el debate parlamentario fue decisiva. No solo intervenía con una preparación meticulosa, sino que su capacidad para hilar argumentos complejos con ejemplos sencillos lo hacía un orador formidable. Su voz, siempre clara y firme, se elevaba para confrontar a los adversarios políticos sin caer en el insulto personal, elevando el debate a un nivel de ideas.

Una de las cualidades más destacadas de su labor parlamentaria fue su capacidad para generar consensos sin renunciar a sus principios. Aunque firmemente arraigado en la doctrina socialcristiana, Herrera Campíns era un dialogante nato, un político que entendía que el adversario era un contendor de ideas, no un enemigo a destruir. Esta postura fue vital en los años de la consolidación de la democracia. El Congreso, en sus manos, no fue una simple caja de resonancia de su partido, sino un foro plural donde se discutían los grandes temas de la nación. Por ejemplo, en los debates sobre la política petrolera o la reforma agraria, Herrera no se limitaba a exponer la posición de su partido, sino que buscaba puntos de encuentro, ofreciendo alternativas y puentes de entendimiento con la oposición. Esta habilidad para negociar y su inquebrantable fe en el sistema democrático fueron fundamentales para la estabilidad del sistema bipartidista que caracterizó a la Cuarta República. En el hemiciclo, su visión era la de un estadista que entendía que los grandes desafíos de la nación requerían de la cooperación y del respeto mutuo. Su labor en comisiones legislativas y en la elaboración de leyes fue tan importante como sus intervenciones en la tribuna.

En una de sus alocuciones parlamentarias, Herrera Campíns sentenció: "El Parlamento es la conciencia vigilante de la República". Esta frase, que se encuentra en la memoria de los discursos políticos venezolanos, resume su visión del poder legislativo. Para él, el Parlamento no era solo un lugar para hacer leyes, sino el epicentro de la moralidad pública, el espacio donde la transparencia y la rendición de cuentas debían ser la norma. Él vivió esta convicción a cabalidad, siendo un contralor incansable de la gestión pública, no por revanchismo, sino por el profundo convencimiento de que la democracia solo puede florecer bajo la luz de la fiscalización. Su labor como parlamentario fue, en esencia, el reflejo de su ética periodística: una búsqueda incansable de la verdad y un compromiso irrenunciable con la defensa de los intereses colectivos. Su agudeza le permitía anticipar los problemas, y su verbo, siempre persuasivo, le daba las

herramientas para proponer soluciones. Fue un visionario que comprendió el valor de la libertad de prensa y de la libertad de expresión, incluso cuando estas se utilizaban para criticar a su propio partido.

Como bien lo recuerda José Rodríguez Iturbe en *El legado de Luis Herrera Campíns*, el exmandatario fue un defensor incansable de las instituciones. No creía en los caudillos ni en las soluciones mágicas; su fe estaba puesta en la solidez del sistema democrático, y el Parlamento era para él su principal pilar. En la tribuna, su estilo era directo, sin retórica ampulosa, pero con una sólida base intelectual que le permitía confrontar a sus adversarios con argumentos irrefutables. Sus intervenciones eran un ejemplo de debate civilizado y constructivo, donde el objetivo no era la destrucción del oponente, sino la búsqueda de la mejor solución para la nación. Su paso por la legislatura fue una verdadera escuela de democracia, donde no solo se formó como líder, sino que también contribuyó a forjar el carácter de una generación de políticos y a consolidar la institucionalidad que Venezuela tanto necesitaba.

Una de las contribuciones más importantes de Herrera Campíns en su vida parlamentaria fue su tenaz defensa de los derechos sociales y laborales, así como su rol protagónico en el control político de los gobiernos de turno. Utilizando su conocimiento del detalle y su capacidad para analizar cifras, se convirtió en una voz fiscalizadora que exigía transparencia en el uso de los fondos públicos. No era un simple crítico, sino un proponente de alternativas; sus discursos no solo señalaban fallas, sino que también delineaban el camino hacia la eficiencia y la ética. Esta doble función de fiscalizador y constructor fue lo que le dio una autoridad moral indiscutible en el hemiciclo. Su oratoria, despojada de adornos innecesarios, se enfocaba en la contundencia de los hechos y la lógica de sus argumentos. Era el orador que sabía cuándo hablar y cuándo callar, siempre con la mira puesta en el bien común. En un país donde la política podía ser un espectáculo, Herrera Campíns la devolvió a su esencia de servicio público, demostrando que el poder del verbo reside en la verdad que lo respalda.

El Parlamento, bajo su influencia, se convirtió en un verdadero centro de la vida nacional. Él creía firmemente que la labor legislativa no era un privilegio, sino una obligación. Se dedicaba a fondo al estudio de las leyes, a la preparación de los debates y a la interacción con la sociedad civil. Su vida parlamentaria fue una lección de disciplina y de compromiso. En sus propias

palabras, "el parlamentario tiene que ser un educador cívico, un guía de la opinión y un defensor de la libertad". Esta convicción lo llevó a convertirse en uno de los legisladores más productivos de su tiempo, con una agenda legislativa que abarcaba desde la reforma del sistema judicial hasta la protección de los medio ambiente. Su legado parlamentario no se mide solo por los discursos, sino por la solidez de las leyes que ayudó a crear y por la vitalidad institucional que infundió en el Congreso, dejando claro que el ejercicio de la democracia es un trabajo constante y meticuloso que se construye desde la tribuna, día a día.

Conclusión: Un legado de verbo y convicción

La vida de Luis Herrera Campíns demuestra que el periodismo y la política, lejos de ser ámbitos separados, pueden complementarse para construir una trayectoria de servicio y compromiso. Sus años como periodista le dieron la agudeza intelectual y la sensibilidad social necesarias para entender los problemas de su país; su paso por el Parlamento le proporcionó la plataforma para llevar esas ideas a la acción y para fiscalizar el poder desde la trinchera de la ley.

Su legado, en este centenario de su nacimiento, es una lección de coherencia. Fue un periodista que pensaba como político y un político que actuaba como periodista. El primero, con la pluma, narró el pulso de una nación en efervescencia. El segundo, con su verbo, contribuyó a moldear la institucionalidad democrática que nos rigió por décadas. Hoy, cuando la prensa y el debate público enfrentan nuevos desafíos, la figura de Luis Herrera Campíns nos recuerda la importancia de un periodismo libre y de un parlamento autónomo como pilares irrenunciables de toda sociedad democrática. Su vida y obra, en definitiva, nos invitan a reencontrar en la palabra la fuerza transformadora de una nación.

El legado de Herrera Campíns, visto a través de su faceta periodística y parlamentaria, es una invitación a la reflexión. Su pluma nunca fue un adorno, sino una herramienta de denuncia y formación. Sus intervenciones en el Congreso no eran meras formalidades, sino cátedras de civismo y debate. En un tiempo en el que la palabra se devalúa y la política se polariza, el ejemplo de Luis Herrera nos recuerda que el verdadero poder reside en la solidez de las ideas y en la capacidad de expresarlas con integridad. Su vida fue un testimonio de que el intelectual y el político pueden convivir en una misma persona, al servicio de un bien mayor: la democracia. La lucha de este llanero por la libertad de expresión y por la transparencia en la gestión pública,

iniciada con su máquina de escribir y continuada en la tribuna parlamentaria, es un faro que ilumina las complejidades de nuestro presente y nos orienta hacia un futuro de mayor decencia y responsabilidad. Su herencia, entonces, es la de un hombre que creyó en el poder del verbo para transformar la realidad.

En retrospectiva, el camino de Luis Herrera Campíns desde las redacciones de provincia hasta los pasillos del Congreso nos ofrece una lección fundamental: el ejercicio del poder debe estar siempre acompañado de una ética de la palabra. Él entendió que antes de gobernar, era necesario persuadir, debatir y fiscalizar. Su carrera no fue una búsqueda de cargos, sino una progresión lógica en su vocación de servicio. La pluma y la tribuna fueron los instrumentos que utilizó para forjar un pensamiento político propio, arraigado en la realidad venezolana y comprometido con la justicia social. Hoy, cuando la sociedad venezolana busca puntos de encuentro y liderazgos coherentes, la figura de Luis Herrera Campíns se erige como un recordatorio de que los grandes líderes no solo se distinguen por sus acciones, sino por la calidad de sus palabras y la firmeza de sus convicciones. Su vida nos muestra que la política es un oficio noble cuando se ejerce con la decencia del periodismo y la honradez del parlamentario. La trascendencia de su figura reside, precisamente, en la fusión de estas dos vocaciones, que lo convirtieron en un constructor de la Venezuela democrática. La influencia de su legado se extiende más allá de su gestión. Aún hoy, en medio de la polarización y la crisis de valores, su defensa incondicional del pluralismo y su respeto por el adversario, demostrados tanto en la prensa como en el parlamento, resuenan con una vigencia asombrosa. Su insistencia en la institucionalidad y en la libertad de prensa sigue siendo un referente moral para una sociedad que lucha por reconstruirse. En la Venezuela actual, donde la palabra se ha politizado y el debate se ha erosionado, la figura de Herrera Campíns se alza como un eco de lo que fue y una aspiración de lo que podría volver a ser: un país donde el disenso es la base de la convivencia y el periodismo es el guardián de la verdad. Su legado es, en definitiva, una brújula que apunta hacia la reconciliación y el reencuentro cívico.

Fuentes de Investigación:

- **Aveledo, R. G.** (2014). *El Llanero Solidario: una biografía de Luis Herrera Campíns*. Caracas: Editorial Panapo.
- **Aveledo, R. G.** (2016). *Luis Herrera Campíns, Vida Parlamentaria*. Caracas: Ediciones de la Asamblea Nacional.
- **Herrera Campíns, L.** (1975). *Palenque*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- **Herrera Campíns, L.** (1977). *Palenque II*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- **Peña, A.** (1981). *Conversaciones con Luis Herrera Campíns*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- **Pino Iturrieta, E.** (2019). *El Gato y la Historia*. Caracas: Editorial Gato.
- **Rodríguez Iturbe, J.** (1995). *El legado de Luis Herrera Campíns*. Caracas: Editorial Vadell Hermanos.
- Archivos hemerográficos de los periódicos *El Nacional*, *El Universal* y *Últimas Noticias*, correspondientes a la década de 1950 a 1970.
- Discursos y alocuciones de Luis Herrera Campíns en la página web de la Biblioteca Virtual de la Asamblea Nacional de Venezuela.

